

MINUCIO FÉLIX

# EL OCTAVIO

Traducción, Prólogo y Notas del  
P. SANTOS DE DOMINGO  
BENEDICTINO DE SILOS

Serie  
Los Santos Padres  
Nº 13

APOSTOLADO MARIANO  
Recaredo, 44  
41003 - Sevilla

## PRÓLOGO

*Vida de Marco Minucio Félix.*- “Entre los defensores de nuestra causa, ocupa en la abogacía un lugar distinguido. Su libro, titulado *Octavio*, demuestra cuán excelente campeón de la fe hubiera podido ser, de haberse consagrado por entero a este género de estudios”. Así se expresa Lactancio en sus *Instituciones divinas*, al enumerar la serie de apologistas latinos, encabezada por Minucio Félix. San Jerónimo le llama “abogado insigne de Roma”. Y nada más se sabe con certeza de su vida, fuera de lo que se trasluce del contenido de esta preciosa joya literaria, en la que él figura con el nombre de Marco.

Probablemente nació en Africa. Hay juicios sobre el origen de Roma y su expansión conquistadora, que jamás hubiera emitido un romano o un italiano de pura cepa. Lactancio y S. Jerónimo le ponen en la lista de los escritores africanos. El único manuscrito que se conserva del *octavio* va unido al tratado del africano Arnobio, *Contra las naciones*. Se ven muchos recuerdos de Africa, evocación de dioses peculiares de ese país, giros usados por sus escritores.

Consagró su juventud a las “sutilezas de la gramática, las finuras de la retórica, los recursos de la dialéctica”, al conocimiento de la literatura griega y latina, a ésta sobre todo, y al estudio de los filósofos orientales y occidentales.

El anhelo de mayor campo de acción y de conquistar recompensas más dignas de su talento, le movió, sin duda, como más tarde a S. Agustín, otro provinciano, a trasladar su residencia a Roma. Allí se convirtió al Cristianismo, lo que le tuvo alejado de los cargos públicos; pues, según su criterio rigorista en este punto, ningún cristiano debe aceptar los honores ni vestirse de púrpura; es decir, que no podía ser funcionario público ni magistrado municipal. Vivió entre mediados del siglo II y primera mitad del III.

*Los otros dos interlocutores del “Octavio”*.- Es de creer que no son personajes ficticios, como no lo son los de los diálogos filosóficos de Cicerón, a quien imita; lo cual no quiere decir que el libro sea el traslado de una conversación real. Parecen amigos desde la niñez.

*Cecilio Natal*, el encargado de la defensa del partido pagano, era de Cirta, la ciudad más importante de Numidia, patria del famoso retórico Frontón, del que se llama compatriota. Pues bien, en Cirta, más tarde Constantina, se han encontrado cinco inscripciones, de 212 a 217, que posiblemente le conciernen. Proviene de un arco de triunfo erigido por M. Cecilio Natal, como reconocimiento por su elección para el cargo de triunviro quinquenal. Renunció al paganismo después del discurso de Octavio.

*Octavio Januario*, que da el título a la obra, es el menos conocido. Era padre de familia, convertida al Cristianismo un poco antes que Minucio. Su nombre es acaso el que se lee en una inscripción de Bujía. El responde a las objeciones de Cecilio.

*Argumento y análisis del “Octavio”*.- “Libro de oro”, “la perla de la apologética cristiana”, se ha llamado a este diálogo ciceroniano, considerados sus arreos literarios; y con razón.

Nos hace presenciar el duelo a muerte entre dos religiones. La oficial se escuda con sus tradiciones, con las glorias del Estado que la defiende con su poder, con sus prácticas formalistas y minuciosas. La religión nueva, fermento misterioso, extiende su radio de acción, sus principios vivificadores entre aquella masa incoherente de doctrinas. Religión celosa no admite división: hay que decidirse entre el culto nuevo y el de sus antepasados.

La filosofía había hecho algunos ensayos para atraer al politeísmo a la unidad de Dios y moralizar las religiones populares; pero tropezó con recuerdos obstinados y costumbres inveteradas que inutilizaron sus esfuerzos. Y el Cristianismo salió vencedor por su moral más pura, por la firmeza de su doctrina frente a las incertidumbres de las sectas filosóficas, por sus dogmas más precisos, porque resuelve formal y definitivamente todos los problemas que torturaban las almas y que la filosofía dejaba pendientes.

*División*.- Es muy sencilla: A) *Una introducción* (1-4) pintoresca y sentimental, calcada de Cicerón. No es un apóstrofe directo e inflamado a los jueces o a los emperadores; es una deliciosa escena dramática, a la que siguen, como por acaso, discusiones teológicas.

Tres amigos se pasean por la playa de Ostia. Un saludo a la estatua de Serapis provoca un duelo literario con propósito de tratar a fondo la cuestión religiosa.

B) *Primera parte* (5-13). Cecilio hace la apología del paganismo y formula una verdadera acta de acusación contra los cristianos, en el tono apasionado, vivo y rencoroso que leemos en Celso. Tres son las ideas desarrolladas:

1ª La verdad es inaccesible. El enigma del universo se puede resolver sin un Dios Creador (en esta materia parece inclinarse al atomismo). Nada sabemos acerca de los dioses, y el desorden físico y moral que domina en el mundo nos veda creer en una Providencia. Todo es producto ciego del azar. Entonces lo más prudente es conservar la religión de los mayores, garantizada por su antigüedad y el lustre que ha dado a Roma.

2ª Ataque contra el Cristianismo. Los cristianos no siguen estas normas religiosas, sino que forman una sociedad secreta, inmoral y absurda, enemiga del género humano por sus prácticas abominables y creencias insensatas. Adoran un Dios único, un hombre crucificado; creen en la resurrección de los cuerpos, en las penas y recompensas de la vida futura.

3ª Conclusión: nada de innovaciones; dejarlo todo como está.

Minucio no ha puesto en boca del abogado de la causa pagana, un filósofo académico, argumentos de fácil refutación, para responder a ellos con desenvoltura y asegurarse un éxito brillante. Es un hombre convencido, que expone con vigor sus razones, aunque no siempre sea lógico en sus consecuencias. Tanto, que cabe preguntarse si no reproducen en parte las violentas invectivas de un discurso de Frontón, al que alude dos veces.

Unas reflexiones de Minucio (14-15) sirven de preludio a la refutación.

C) *Segunda parte* (16-38). Octavio rebate y pulveriza una tras otra las objeciones de su adversario, concretándolas en los puntos siguientes:

1º Es falso que no podamos conocer a Dios; pues el espectáculo del mundo, la creencia popular, la razón y el sentir de los filósofos prueban la existencia de un solo Dios, Creador y Providente.

2º La religión pagana es un tejido de fábulas absurdas y degradantes, urdido por los demonios: Roma no debe a ella su grandeza y poderío.

3º Los crímenes imputados a los cristianos son calumnias, que sólo pueden sonrojar a quienes las inventan, pues ellos únicamente son capaces de perpetrarlas. Las costumbres puras y sencillas de los seguidores de la religión nueva, su fe y sus creencias se justifican a los ojos de la razón y de la filosofía. A pesar de las persecuciones, encuentran en el foro interno de su conciencia una felicidad que nadie puede robarles.

En esta refutación emplea Octavio con acierto sus armas retóricas: lógica ceñida, sarcasmo, autoridad de los filósofos, elocuencia ascensional hasta lo sublime cuando describe el cuadro de la vida cristiana: virtud del sufrimiento aceptado piadosamente, heroísmo de los mártires ante la muerte, pureza de corazón ajena a toda mancha. Y lo dice con entusiasmo que brilla sobre todo en la peroración cálida y brillante. Los ejemplos, los puntales de su argumentación, los busca en los pensadores paganos, para que se convenza Cecilio de que esos pobres sin letras, despreciados por él, no le van en zaga en cultura y pueden aspirar a dar la solución del enigma del Universo.

D) *Epílogo* (39-40). Conclusión del diálogo. Cecilio reconoce su derrota y se muestra dispuesto a hacerse cristiano después de recibir un suplemento de información.

*Finalidad del "Octavio".* - Es curioso observar en esta apología del cristianismo que se contente con impugnar las acusaciones y errores idolátricos, defender la idea de un Dios único y providente y absolver a los cristianos de los cargos y crímenes que se les imputaban, sirviéndose de la autoridad de filósofos y poetas griegos, romanos y persas. Y ahí se detiene, sin adentrarse en la exposición de la doctrina cristiana, como parecía natural. Ni una palabra del dogma de la Trinidad, del bautismo y de los otros sacramentos, de la Sagrada Escritura, de los Apóstoles; una sola alusión imprecisa a Jesucristo. Se diría que se trata de un Séneca cristiano, fiado con exceso en sus luces naturales.

De las verdades esenciales de la Iglesia, sólo toca las que tienen contacto con las opiniones de los filósofos. La religiosidad parece



reducirla a actos internos: “conservar la inocencia es rogar a Dios; respetando la justicia, se le honra. Se le tiene propicio absteniéndose de todo fraude y cuando se salva a un hombre del peligro, se le ofrece el sacrificio que Dios prefiere. Estas son las víctimas, éste es el *honor* que le tributamos. Entre nosotros es más religioso el que es más justo”. Tal era también el pensamiento de su maestro Séneca, que, disgustado por el culto aparatoso y expansivo de las divinidades orientales, reclamaba sólo el homenaje de la práctica de la virtud.

¿Cómo explicar estas omisiones? El *octavio* se distingue de la mayor parte de las otras apologías en que no se dirige a los poderes públicos, sino, principalmente, a los letrados paganos de su tiempo. Llama a las puertas de su razón y de su conciencia con los argumentos de que ellos más se pagan.

Por el momento basta probar verdades filosóficas generales: un Dios Creador, cuya Providencia rige el mundo; la existencia de una vida futura que borrarán las injusticias de la presente. Se diría que todo su afán lo pone en demostrar que el *Credo* cristiano no es nuevo, ni exclusivo de gente ignorante y pobre. Se encuentra esbozado en los filósofos antiguos, que, lejos de condenar a los cristianos como bárbaros indoctos, habían presentido sus dogmas: eran cristianos sin saberlo. De modo que también ellos podían abrazar el cristianismo sin ponerse en contradicción con sus maestros, sin tener que renunciar a su lectura, ni dejar de admirarlos. Aún no tienen abiertos los oídos ni limpio el corazón para recibir con provecho el granito de mostaza de toda la verdad evangélica: hay que preparar adecuadamente el terreno.

El mismo Minucio Félix afirma al fin del *Diálogo* que no está todo dicho; que aún quedan explicaciones complementarias para otro día. Voluntariamente le dejaba incompleto, porque tal era su plan. No le parecía oportuno redactar un tratado de teología que no hubieran leído. Les quita de los ojos el velo de los prejuicios; les entreabre con gesto elegante y amplitud de criterio las puertas de los misterios cristianos. Y confía en que los admitirán. No es necesario para eso que desprecien sus glorias literarias. El también las saborea y se aprovecha de lo mucho bueno que tienen, y, acaso, le han preparado para convertirse a la nueva religión.

“No se trata -escribirá más tarde S. Paulino de Nola a un amigo- de renunciar a la filosofía, sino de sazónarla con la fe y la religión”.

*Es llevarse los vasos de los egipcios*, en expresión de S. Agustín, y consagrarlos al culto del verdadero Dios.

Al principio, nada de misterios que parezcan chocar a la razón: basta demostrar la espiritualidad y elevación moral de la nueva fe; hacerla de *fácil aceptación y agradable*. Enseñarles de repente todo su rigor, hubiera sido alejarlos para siempre. Presenta al cristianismo menos como una religión nueva que como el término natural de la cultura antigua de la civilización grecorromana.

Si le acompañó el éxito en su cometido, no lo podemos averiguar. Lo que sí sabemos es que esa amable buena voluntad de convencer sin zaherir a nadie produjo este modelo de apologías, casi perfecto en su género, honra de la literatura cristiana antigua, y que nos pone en contacto con las preocupaciones, ideas y juicios corrientes entre los paganos acomodados acerca de la sociedad cristiana primitiva. Porque no se debe olvidar que Minucio Félix era abogado y refleja en su escrito los reparos y críticas oídos a sus compañeros de profesión.

*Algunas objeciones a la doctrina del "octavio": solución.-* Sin embargo, no todos los críticos se satisfacen con esta extraña discreción y con el empleo de algunas palabras que expresan muy imperfectamente los dogmas cristianos. Sus acusaciones las reducen a seis capítulos:

1º El concepto de Minucio acerca del Dios, dice Gastón Boissier(1), "es más abstracto y filosófico que cristiano propiamente". "No hay que buscar nombre para Dios, son palabras de Octavio: su nombre es: Dios. Necesítanse nombres cuando hay que distinguir por un apelativo especial a cada individuo en una multitud: a Dios, que es sólo en su especie, el nombre de *Dios* le pertenece por entero. Si le llamo *padre*, se podrá creer que es de carne; *rey* se supondrá que es terreno; *señor*, se comprenderá ciertamente que es mortal. Deja a un lado todos estos nombres accesorios y le verás en todo su resplandor (cap. XVIII).

No es éste completamente el Dios cristiano. Pero la noción auténtica la pone más adelante, en el capítulo XXXV, donde llama a

---

1. *La fin du paganisme*. I. 284.

Dios *padre y señor de todas las cosas*. Aún se expresa con más nitidez en el capítulo XXXI. “Nosotros nos amamos con mutuo afecto, porque no sabemos odiar; así, y esto os causa envidia, nos llamamos *hermanos*, como hijos que somos de un solo Dios, *nuestro padre*, como copartícipes de la misma fe, como coherederos de la misma esperanza”.

2º Minucio parece que teme hablar abiertamente de Cristo; lo hace de un modo ambiguo, como se ve en estas líneas, las únicas que sobre esto escribió: “Vosotros atribuíis a nuestra religión el culto de un malhechor y de la cruz; pero andáis muy lejos de la verdad al suponer que un malhechor haya merecido pasar por un Dios o que un ser terrestre haya podido pasar por tal. Ciertamente digno de lástima es aquel que pone toda su esperanza en un hombre mortal; pues todo apoyo le falta con la muerte de este hombre”(1).

Para Beahrens(2), en este pasaje hay una negación clara de la divinidad de Cristo.

Este otro sentido es el que parece desprenderse del texto: tened la seguridad de que no somos capaces de adorar a un hombre, y menos a un malhechor; nuestra esperanza se fundamenta sobre algo distinto de lo efímero y perecedero. De todos modos -dice el mismo Boissier- en una apología del cristianismo es incomprensible que no haya querido pronunciar el nombre de Cristo; se podía esperar algo más que una frase breve y oscura. Así es; pero de la misma manera han procedido los otros apologistas del siglo II; pues sólo Arístides, S. Justino y Tertuliano han estampado el nombre de Jesucristo.

3º Parece que ignora o contradice la doctrina de la gracia sobrenatural. Cecilio tilda a los cristianos de ignorantes, y Octavio le responde: “Sabed que todos los hombres, sin distinción de edad, de sexo, de posición, son capaces de razón y de buen sentido y que pueden llegar *por sí mismos a la sabiduría*”. Y como si esto no fuera bastante, añade un poco después, con más desacierto aún, que para conocer a Dios, en vez de dar oídos a los errores de los que nos rodean, basta preguntarnos a nosotros mismos y creernos, *sibi credere*.

---

1. *Octavio*, XXIX.

2. Ed. Taubner, 1886, p. XI.



Lo que quiere afirmar Octavio es que todos los hombres sin distinción de edad ni de clase social, pueden llegar naturalmente a la sabiduría; y a la vez protesta contra el desdén aristocrático de Cecilio, quien, escupiendo por encima del hombro a esos descamisados cristianos, aparenta creer que, para pensar, se debe ir bien vestido. Octavio se esfuerza en hacerle comprender que la razón es la cosa mejor repartida del mundo y que poco importa el rango del que discute, si discurre bien. En este pasaje era inútil hacer intervenir la doctrina de la gracia. Análoga explicación se puede dar a esa confianza en sí mismo. Exhorta a reaccionar contra el influjo de la educación para filtrar en los espíritus las aberraciones de sus mayores, y dice: “Tenéis esos dioses despreciables...; es que os esforzáis neciamente en obedecer a vuestros padres; es que preferís caer en el error ajeno *más bien que fijaros en vosotros mismos*”(1), siguiendo las luces de vuestra recta razón, que os demuestra lo absurdo de tales creencias.

Por otra parte, se encuentran en Minucio alusiones a la gracia. Así afirma que los cristianos pueden exorcizar a los demonios, “según la ayuda que proporciona la fe del paciente o según el socorro prestado por la gracia del que cura”(2). Y en otro lugar nos muestra a los mártires triunfando de las torturas “con la ayuda de una paciencia venida de arriba. Y vosotros, desgraciados, ¿no comprendéis que nadie puede sorportar las torturas *sin el auxilio de Dios*?”(3). Estos pasajes, en que habla claramente de la gracia, sirven para dilucidar otros donde se expresa con menos rigor dogmático.

4º Minucio ha estampado frases imprudentes, impropias de un cristiano sincero. Vaya una para muestra. Al tratar de los prodigios paganos, dice: “Lo cual se verificaría hoy si hubiera ocurrido antaño; pero, como es irrealizable, no se llevó a cabo”(4). Debiera haber previsto que este argumento podía emplearse contra los milagros cristianos, como lo hizo Renán.

Eran tan frecuentes en la Iglesia primitiva los carismas sobrenaturales, que es imposible dejara de creer en ellos Minucio; y

---

1. *Octavio*, XXIV.

2. *Ibid.*, XXVII.

3. *Oct.*, XXXVII.

4. *Ibid.*, XX.

de estas palabras no se colige su vacilación en la fe, sino que toda frase fuera de su contexto puede convertirse en espada de dos filos.

5º Por hilar tan fino en su puritanismo religioso, se diría tiene verdadera antipatía contra el culto exterior, contra los templos, contra las estatuas, contra cualquier género de emblemas.

No era Minucio el único en dar la voz de alerta contra las prácticas y ceremonias rituales; hacíanle coro los apologistas de los primeros siglos, que veían en esos ritos cierto parentesco con la idolatría, tan amenazadora y atractiva siempre, y contra la que se debían tomar todas las precauciones. Además, la Sagrada Escritura les proporcionaba textos abundantes, condenando las formas materiales y ponderando las espirituales de la piedad y de la virtud que constituyen el holocausto verdadero. Esta viva reacción amainó paulatinamente, hasta quedar las cosas en su punto, cuando desaparecieron los peligros de perversión. Nada, pues, tiene de extraño que Minucio Félix parezca intransigente en su hostilidad contra ciertas manifestaciones del sistema religioso.

6º Silencio que guarda sobre los dogmas cristianos.

Ya queda resuelta esta acusación, la más importante de todas, en el párrafo: *Finalidad del "octavio"*. No es probable lo hiciera por someterse con demasiada rigidez a la disciplina del arcano, que prohibía hablar abiertamente acerca de la fe y del culto delante de los catecúmenos o de los infieles, pues S. Justino expone sin escrúpulos en su primera Apología todo el misterio del Sacrificio Eucarístico, y S. Ireneo, Tertuliano y otros, se toman la misma libertad.

Keim(1) piensa que era un catecúmeno, y no dijo más porque no lo sabía. Mucho tiempo de catecumenado presupone, pues el mismo Minucio asegura que escribió bastantes años después de su conversión, a no ser que todo resulte ficticio en el diálogo.

Para otros es un hereje prudente; un filósofo ecléctico, que entre los dogmas cristianos expurgó los que le parecían inaceptables, guardando sólo los que no chocan a la razón. Es un racionalista; pero tan discreto, que ni Lactancio, ni S. Jerónimo, sospecharon nada.

Ernesto Renan explica las lagunas del *Octavio*, achacándolas a disimulo preconcebido de un "hábil abogado", que, para obtener con

---

1. *Rom. und das Christenthum*, Berlín, 1881, pág. 472.

más facilidad la adhesión de las gentes poco instruídas, las engaña, ocultando los puntos difíciles de su credo.

Pero la solución más satisfactoria, por ser ciertamente más ajustada a la verdad, es ver en esta obrita un folleto de propaganda, dirigido a los letrados, entre los que por su profesión contaba excelentes amigos. Bastante escépticos en el fondo, importábanles muy poco los problemas metafísicos, y por eso les escocía el atrevimiento dogmático de los cristianos, a quienes despreciaban como incultos y reclutados en las bajas esferas, y a la vez temían por los bulos malintencionados que sobre sus intenciones circulaban.

“Para encontrar puntos de contacto con espíritus de esta jaez, ¿era conveniente proponer de golpe, por una especie de fanfarronada, algún tanto fanática, afirmaciones incomprensibles acerca del Verbo, las profecías, las relaciones del Padre y del Hijo, etc.?. Evidentemente que no. Era menester discutir con calma sus capítulos de acusación, forzarlos a reconocer su falta de fundamento y traerlos a miras más equitativas, y, como la defensiva es siempre una actitud poco elegante, clavarles algunas banderillas vigorosas”.

“Es precisamente lo que ha hecho Minucio Félix. De los tres elementos integrantes de las primeras apologías: justificación de los cristianos, crítica de las creencias paganas, exposición dogmática del cristianismo, ha desarrollado los dos primeros, y ha descuidado o aplazado el tercero. Táctica de abogado, si se quiere -Minucio Félix conoce muy bien los artificios de la abogacía, como se ve en diferentes pasajes-, pero táctica legítima, en suma, si se piensa que hay como cierta pedagogía de la fe y que esta pedagogía supone ejercicios graduales, un encaminamiento progresivo hacia la iniciación definitiva”.

“Ciertamente la obra no es perfecta, y concedemos que, por prudencia o por política, Minucio Félix ha *minimizado* su dogma hasta el exceso. Pero muchas deficiencias, donde se ha querido ver ignorancia, disimulo, astucia equívoca, se explican, casi se justifican, si se piensa que el *octavio* no es una .Suma”, sino simplemente una especie de introducción a la doctrina cristiana, escrita para uso de los mundanos instruídos”(1).

---

1. P. de Labriolle, *Histoire de la Littérature latine chrétienne*, 1920, págs. 147-175.

*Fuentes de información.*- Minucio Félix no es un escritor original. Copia no sólo las ideas, sino también las maneras de exponerlas: liba lo que le viene a cuento entre los filósofos, historiadores y poetas. De los autores paganos, prefiere los latinos, y entre éstos a Cicerón. En este escritor imita el cuadro general del diálogo y el tono distinguido que conservan los interlocutores, aun en el calor de la discusión. De su tratado *Sobre la naturaleza de los dioses* entresaca pensamientos y palabras, hábilmente zurcidos. También ha utilizado *De la adivinación*, *De la República* y otros libros del mismo autor. Su Cecilio, escéptico y creyente a la vez, que se ríe de las supersticiones, pero cree en la religión que ha dado tanta gloria a su patria, se parece al Aurelio Cotta de Cicerón, pontífice y escéptico, que únicamente por miras políticas defiende las prácticas de religión nacional, sin creer en ellas.

De Séneca aprovecha las *Epístolas* y el opúsculo *Sobre la Providencia*. Acaso le gustaba también el sistema del filósofo estoíco, que dedicaba sus lecciones no a todos en general, sino a un grupo selecto, a un público ilustrado y rico. Utiliza también a Platón, Homero, Virgilio y otros muchos.

En los apologistas cristianos encuentra ideas y argumentos oportunos, que él se encarga de arropar con un lenguaje más viril, más enérgico y más elegante. Tiene algunos pasajes de S. Justino, de Taciano, de Atenágoras y de S. Teófilo de Antioquía.

*Minucio Félix y Tertuliano.*- Es innegable la mutua dependencia del *octavio* de Minucio Félix y del *Apologético* de Tertuliano. Casi todos los críticos daban la prioridad al *Apologético*, que corría impreso más de medio siglo antes que el *Octavio*" (1484; 1543), hasta que en 1868 Adolfo Ebert(1) sembró la duda y dividió los pareceres. Desde entonces han aparecido numerosos artículos y folletos, procurando dilucidar el problema, concretado en cuatro opiniones distintas:

1ª Minucio Félix y Tertuliano han tenido una fuente común, una apología latina, de la que no quedan rastros, ni el nombre del autor.

---

1. *Tert. Verh. su Minucius Felix.*



Teoría casi abandonada; porque, aun en el caso de encontrarse esa fuente, quedaría en pie la pregunta de quién fue el primero que bebió.

2ª El *Octavio* es anterior al *Apologético* de Tertuliano y a la obra de S. Cipriano *Los ídolos no son dioses*, que tiene muchos puntos de contacto con las dos anteriores. Cada vez cuenta con menos partidarios. Apóyala con numerosas y fuertes razones J.P. Waltzing en varios de sus estudios consagrados a esta cuestión. Resumamos sus argumentos:

Lactancio, en sus *Instituciones divinas*, escritas entre 304 y 313, coloca a Minucio antes que a Tertuliano en la lista de los escritores africanos. S. Jerónimo, unas veces pone a Minucio Félix antes que a S. Cipriano y otras después lo que hace sospechar que no siguió el orden cronológico, pues enumera a San Cipriano después de Arnobio, Lactancio y San Victorino.

Se desprende del contenido del *Octavio*, que fue escrito en tiempo de relativa paz para los cristianos. No sufren persecución, aunque la amenaza de suplicios y muerte penden sobre sus cabezas. Este período se le puede encontrar bajo marco Aurelio (161-180) o bajo Cómodo (176-192).

Alude a una diatriba violenta de Frontón contra los cristianos, publicada hacia el año 160. De modo que el *octavio* es posterior a esta fecha; pero no hay que alejarse demasiado, pues parece da a entender que aún estaba fresca su quemadura.

Cecilio echa en cara a los cristianos el huir de los honores, pero no los acusa de ser los enemigos del Imperio Romano, ni la causa de las calamidades públicas, inculpaciones corrientes de los paganos, que desde el tiempo de Tertuliano no padecían un infortunio cualquiera sin proferir los gritos consabidos: “los cristianos a los leones”. Y es que Minucio Félix vivía en una época feliz y próspera aún para el Imperio. No presencié la guerra civil entre Septimio Severo y sus rivales, con la secuela necesaria de ruinas y miserias generalizadas en el siglo III.

La predilección de Minucio Félix por los arcaísmos, los helenismos y los giros poéticos parecen convenir a un coetáneo del

retórico Frontón, verdadero maniático por las formas arcaicas, por la imitación de los autores antiguos.

3ª El *Octavio* es posterior al *Apologético*. Defiéndenlo muchísimos autores. “La obra muy imperfecta de Minucio Félix -dice R. Heinze(1)-, debe derivar necesariamente de la de Tertuliano. Incapaz de seguir el genio de su predecesor, el espíritu modesto, un poco aburguesado de Minucio, no ha producido más que un calco bastante pálido, en el que el adobo del estilo reboza insuficientemente la falta de vigor en el pensamiento”. En Tertuliano, en efecto, se encuentran siempre los datos concretos, el rigor del razonamiento, conclusión de ideas; mientras que en los pasajes paralelos del *Octavio*, ciertas deficiencias o torpezas acusan el empleo de una materia usurpada al que la había tratado ya con perfección. Además, Tertuliano, cuando cita a algún autor, de ordinario indica su nombre, e impone su estilo conciso, enigmático, y no se explica el cambio de sistema únicamente con los textos de Minucio. En cambio, éste copia hechos e ideas de diferentes autores, sin mentar sus nombres, y es natural que aplicara su método a las obras de Tertuliano.

Hay que reconocer que el *Apologético*, por sus ideas, por su fuerza demostrativa, es más perfecto que el *octavio*. ¿Y cuándo se ha oído -escribe M.G. Hinnisdaels(2), refutando a Heinze- que en literatura la obra más acabada es necesariamente la primera?. El espíritu humano llega por medio de tanteos sucesivos a la perfección; y la simple experiencia psicológica, ¿no da a entender que la obra perfecta procede con mayor frecuencia de ensayos anteriores imperfectos?. “La obra de Tertuliano, con sus caracteres innegables de vigor y de unidad, no reúne las condiciones de un esbozo literario original. El estudio a fondo de las fuentes del *Apologético* lleva por fuerza a esta conclusión: que Tertuliano es ampliamente tributario del pensamiento

---

1. *Tertulians Apologeticum* en *Bertichte und Verhandl. d. Koemgl. Säch. Gesch. d. Wissenschaften*, Leipzig, t. LXII, part. 10.

2. *L'Octavius de Minucius Félix et l'Apologétique de Tertulien*, en las *Memories de la Classe des lettres et des sciences morales et politiques de l'Académie royale de Belgique*, IIe série, t. XIX.

ajeno. Debe gran parte de sus precisiones doctrinales a los apologistas griegos, y más de una página brillante de ser requisitoria no es más que el elocuente comentario de un pensamiento ya formulado”(1).

Todo esto es cierto; pero no se debe olvidar lo dicho sobre las fuentes informativas de Minucio, que induce a pensar que cuando coincide con Tertuliano, es por haberse aprovechado de él, como lo hizo con otros autores(2).

4ª Minucio Félix es posterior a Tertuliano y a San Cipriano. Así lo suponen algunos. Sostiénelo con gran erudición, confrontando textos, el Dr. J. Martín, profesor de la Universidad de Munich, *Florüegium Patristicum*, de Pedro Hanstein, fascículo VIII, Bonn, 1930. Trae a su favor a S. Jerónimo, quien en la *Epístola XXX* y en el *Comentario* a Isaías, cita a Minucio después de Tertuliano y S. Cipriano. Así, queda retrasado el Octavio hasta después del año 240.

En resumen: la cuestión de prioridad entre Minucio y Tertuliano parece insoluble; aunque son más los autores modernos, quienes, sumándose a la primitiva tradición, se pronuncian por Tertuliano, sin ser sus argumentos decisivos. Según los diferentes criterios expuestos, la composición del famoso Diálogo minuciano fluctúa entre el año 175, época aproximada de la muerte del orador Frontón, y el 250, en que, probablemente, se había compuesto ya la obra *Los ídolos no son dioses*, atribuida a S. Cipriano (+258), y que copia literalmente párrafos del *Octavio*.

*Estilo*.- Es un buen escritor; un estilista, y eso que en su tiempo se acentuaba la decadencia de la literatura latina. Incapaces de producir algo propio y original, buceaban entre los autores antiguos en busca de los elementos que a ellos les faltaban. Así se formó un ambiente de erudición y de crítica, apropiado para los eruditos y los gramáticos.

Con todo, la escuela africana de elocuencia produjo oradores y escritores de nota: Apuleyo y Frontón entre los paganos; Minucio, Tertuliano, S. Cipriano, Lactancio y S. Agustín entre los cristianos.

---

1. E. Amann, en *Revue des sciences religieuses*, t. VI, 1926, p. 433.

2. Dom. Hemri Leclercq, *Dict. d'Archéol. Chét. et de Lit., Minucius Félix. &*

Acusan cualidades características: ardiente fantasía, frases ampulosas llenas de viveza y de la fogosidad propia de su tierra quemada por los ardores del sol. Conocido es el *tumor africanus*, bien ganado por sus exageraciones y vehemencias, a veces estridentes. La lengua latina sufre en ellos alteraciones notables por la introducción de palabras, por la nueva forma que dan a otras, por sus giros duros y atrevidos, que hacen con frecuencia muy difícil de entender sus pensamientos, sobre todo en Tertuliano.

Saturado de arte clásico, supo Minucio Félix evitar, en gran parte, estos escollos. Deseoso de agradar, pone en ello su esmero, conforme con su tesis de que el ser cristiano no anda reñido con el buen gusto y las galas del lenguaje.

Se diría que a su juicio, el ser buen escritor, más que en la expresión original de las ideas personales, consiste en el remedo, lo más perfecto posible, de los modelos de la antigüedad latina, sobre todo de Cicerón. Y de ahí su estilo completamente ciceroniano, muy elegante y puro, dulce y conciliador, por el que circula una corriente de vida sin dejos destemplados de amargura ni cólera. Como excelente retórico, elige las palabras, se preocupa del orden de las frases, de la armonía de los períodos, de la colocación de las cláusulas métricas.

Es un purista en cuanto se lo permite su tiempo. La perversión del gusto era demasiado general para que se librara por entero del tono declamatorio, de moda entonces, especialmente en Africa. Acumula epítetos y sinónimos seguidos, sin enlace y con diferencia de significado muy tenue, muy en boga entre los oradores, que encontraban en ello la suma elegancia. Abusa algún tanto de vocablos arcaicos, de los vulgarismos y de los giros poéticos; sin asustarle tampoco el empleo de vocablos nuevos, adaptándolos al genio de la lengua del Lacio.

Todo el Diálogo o si se quiere acto judicial, pues contiene una acusación, una defensa y un fallo, está repleto de graves sentencias, de descripciones breves, bonitas y sentimentales. Nos introduce en un ambiente de vida familiar, donde se oye una discusión entre amigos,



divididos por sus creencias religiosas, con un desenlace hermoso, superior a cuanto ha producido la literatura latina. Prueba evidente del talento del autor y de su elevada cultura literaria, que ha sabido suplir la fuerza creadora por la habilidad en la adaptación y ha hecho valer con arte consumado los elementos más diversos.

*Texto y ediciones.*- No tuvo suerte Minucio Félix con su *Octavio*. El único manuscrito en que se conserva es del siglo IX; está plagado de faltas ortográficas, cometidas por el copista carolingio. Se guarda en la Biblioteca Nacional de París. Contiene los siete libros de Arnobio *Contra los paganos*, al que, por error, se añade un octavo libro, *Octavus*, que a las claras denunciaba ser obra distinta. Francisco Baudoin, jurisconsulto francés, descubrió la equivocación en 1560, le dió su auténtico nombre *Octavius* y le asignó su verdadero padre.

En la imposibilidad de comparar manuscritos para determinar el texto original, se han formulado necesariamente innumerables conjeturas para corregir y explicar frases oscuras e ininteligibles. De ahí provienen las incontables ediciones y trabajos que han seguido a la *editio princeps*, publicada en Roma (1543), por Fausto Sabeo de Brescia, conservador de la Biblioteca Vaticana. En las que van apareciendo en estos últimos años, procuran sus autores, con loable criterio, atar la imaginación y ceñirse todo lo posible al Códice, apartándose de él únicamente cuando no tiene ningún sentido.

Véase la bibliografía muy completa de Dom H. Leclercq, *Diction, d'Archéol. Chrét. et Lit.*, 1933, *Minucius Félix*, col. 1388-1412; y para obras más recientes, B. Steidle, O.S.B., *Patrologia*. Frigurgo de Br., 1937, , pág. 71.

La presente traducción se ha hecho siguiendo el texto dado por J.P. Waltzing, *Octavius de M. Minucius Félix*. Edit. classiq.; Brujas, 1909.

## INTRODUCCIÓN

(Capítulos I-IV)

### OCASION DEL DIALOGO, LOS INTERLOCUTORES Y EL LUGAR DE LA ESCENA

## CAPÍTULO PRIMERO

### AÑORANZA DEL AMIGO

Cuando pienso y revuelvo en mi espíritu la memoria del bueno y fidelísimo compañero Octavio, se apodera de mí tan grande placer, que me parece vivo en tiempos pasados, ya que su imagen, al desaparecer de mis ojos, ha tomado carne en lo más hondo de mi pecho. Y nada tiene de extraño que este varón santo y eximio me haya dejado inmenso pesar con su desaparición, pues me amó tan tiernamente, que en los pasatiempos y en los asuntos más serios guardábamos armonía perfecta, idéntica voluntad: hubiérase dicho que teníamos una sola alma dividida entre los dos. El fué confidente de mis amores, colega en mis extravíos religiosos; y, cuando, disipada la ceguera, nacía yo del abismo de las tinieblas a la luz de la verdadera sabiduría, quísome por compañero, y , lo que es más glorioso todavía, me precedió en esta empresa. Al recordar, pues, todo el tiempo de nuestra vida común y de nuestra familiaridad, mi atención se ha fijado, con preferencia, en un grave razonamiento con que atrajo a Cecilio de sus vanas supersticiones de la verdadera religión.

## CAPÍTULO II

### VISITA INESPERADA. A LAS ORILLAS DEL MAR. UN BESO A SERAPIS

Sus negocios y el deseo de verme le habían llevado a Roma, dejando su casa, su mujer, sus hijos, tiernos aún, y, cuando resultan más amables, al proferir a medias las palabras en un lenguaje graciosísimo por el balbuceo. Me faltan palabras para expresar los transportes de mi alegría por la visita inesperada del amigo.

Pasados dos días de expansión por nuestro reencuentro, relatándonos las peripecias ignoradas a causa de nuestra mutua ausencia, nos pareció bien dirigirnos a Ostia, ciudad encantadora, donde, a la vez, podría secar ciertos humores con un tratamiento agradable y apropiado de baños marinos. Las vacaciones con ocasión de la vendimia nos libraban de las preocupaciones del Foro. El tono templado sucedía al estío abrasador.

Así, pues, encaminándonos de madrugada hacia el mar para pasearnos por su orilla, a fin de que el soplo ligero de la brisa robusteciera nuestros miembros y por el exquisito placer de oprimir con suave pisada la arena movediza, Cecilio, viendo una estatua de Serapis, llevó la mano a la boca, estampando un beso en ella, según costumbre del vulgo supersticioso.

## CAPÍTULO III

### NO MAS SUPERSTICIÓN

Entonces Octavio dijo: “Mi querido Marco es impropio de un hombre honrado dejar en la ceguera de la ignorancia vulgar a quien siempre va en tu compañía, de suerte que, en pleno día, se posterne delante de las piedras, aunque talladas, es cierto, en figura de ídolos, ungidas con aceite perfumado y enguinaldadas; pues ambos quedáis deshonorados por este desatino”.

Platicando de esta manera, recorrimos el camino que conduce al litoral solitario. Ondas mansas batían la superficie arenosa allanándola para servir de paseo; y como el mar está siempre intranquilo aun cuando no soplen los vientos, sin lanzar entonces a la orilla sus olas blancas y espumosas, ofrecía unos rizos encrespados y nudosos. Nos recreamos mucho allí con los vaivenes caprichosos del agua, que nos mojaba el calzado en el mismo límite del mar, y a veces jugueteaba entre nuestros pies para escurrirse luego y reabsorberse en el fondo del abismo. Con paso lento y reposado paseábamos por la costa, ligeramente curva, sin darnos cuenta de lo largo del camino, por lo ameno de la charla. Sosteníala Octavio con anécdotas acerca de la nevegación. Pareciónos bastante lo andado; y, retornando por el mismo camino, hasta llegar al sitio en que yacían unas navecillas retiradas, y puestas sobre troncos de árboles para preservarlas de la acción destructora del fango, vemos unos muchachos que se ejercitaban a porfía en lanzar piedrezuelas al mar. Consiste este juego en escoger sobre la orilla un guijarro aplastado y redondeado por el movimiento de las olas; después, teniéndole de plano entre los dedos e inclinándose hacia la tierra se le arroja con toda su fuerza, de suerte que roce, flote dulcemente y dé pequeños saltos sobre las aguas dormidas. Se proclama vencedor el que lanza más lejos su piedra y la obliga a dar más botes.

## CAPÍTULO IV

### RETO DE CECILIO

Este espectáculo nos divertía mucho a Octavio y a mí; pero Cecilio no prestaba atención ni reía por el entusiasmo de los chiquillos, sino que taciturno, angustiado, retraído, mostraba su congoja en el rostro. “¿Qué te pasa, Cecilio? -le dije-. ¿Qué ha sido de aquella tu alegría y de aquel chispear jovial de tus ojos, aun en los asuntos serios?”.

“Hace rato -contestó- que la frase de Octavio me ha herido en lo vivo y me escuece: te ha acusado de negligente para llamarme ignorante con más disimulo y aplomo. Y así no puede quedar: me es preciso discutir a fondo esta cuestión con Octavio. Si le place, yo seré



el mantenedor de la religión pagana y seguramente verá que es mucho más fácil departir entre amigos que traer a cuento sabias razones. Sentémonos en este dique rocoso, que se adentra en el mar, resguardado de la playa, y, a la vez que descansamos de la caminata, discutiremos con más vigor”.

Nos sentamos. A mí me pusieron en medio, no por jerarquía u honor, puesto que la amistad o nos halla o nos hace a todos iguales, sino como árbitro, para oírlos mejor y separar a los dos contendientes.

# PRIMERA PARTE

(Capítulos V-XIII)

## DISCURSO DE CECILIO

### 1º SU PROFESIÓN DE FE

## CAPÍTULO V

### EL AZAR ES QUIÉN CREA Y GOBIERNA. FUERA PREOCUPACIONES RELIGIOSAS

Entonces Cecilio comenzó de esta manera: “Marco, amigo mío, aunque sabes muy bien de qué discutimos en este momento, pues habiendo probado ambos géneros de vida rechazas el uno (la gentilidad) y apruebas el otro (el Cristianismo), debes formar de tal manera ahora tu criterio, que tengas la balanza equilibrada como juez imparcial, sin inclinarte por ninguna de las partes, de suerte que la sentencia parezca nacer más bien de nuestra discusión que de tu sentimiento. Si te dignas proceder como advenedizo y desligado de uno y otro, fácil es demostrar que todas las cosas del mundo son dudosas e inciertas, y que el conocimiento que de ellas tenemos es más bien una opinión probable que una ciencia. Por eso, es más de admirar que algunos, haziéndose por la fatiga del estudio íntegro de la verdad, abracen ciegamente un dictamen cualquiera, en vez de continuar inquiriendo con perseverancia. Por el mismo motivo, indigna y duele que algunos, y éstos, los ayunos de letras, desconocedores aun de las artes manuales, se atrevan a decidir sin titubeos sobre la majestad del universo, tema que ha preocupado tantos siglos hace a los filósofos de todas las escuelas. Y es que anda tan alejada la observación de las cosas divinas de la humana mediocridad, que ni lo que se remonta sobre nosotros en el cielo, ni lo que está sumergido en las entrañas de la tierra le es dado al hombre

saber, ni permitido escudriñar, ni religioso admirar neciamente; juzgándonos dichosos y harto prudentes si, según aquel oráculo antiguo de un sabio, llegáramos a conocernos a nosotros mismos más íntimamente. Mas puesto que, entregándonos a un trabajo irracional e inútil, divagamos fuera de los límites de nuestra humildad y, relegados a la tierra, nos encaramamos con ansia audaz al mismo cielo y a los mismos astros, al menos, no compliquemos aún este desatino con vanas y pavorosas teorías.

Pues, si el principio de todas las cosas han sido gérmenes, que la naturaleza ha producido por su propia fecundidad, ¿por qué decir que un dios es el autor?. Si los elementos de todo el mundo se han coagulado, distribuido y formado por fortuitos encuentros, ¿dónde está el Dios ordenador?. Si el fuego ha encendido los astros y el cielo se ha desplegado con la materia que le es propia, y si la tierra está asentada por su peso y el mar se ha formado del elemento líquido, ¿por qué esta religión, estos temores, esta singular superstición?.

El hombre y todo ser vivo que nace, respira y crece así como es un agregado espontáneo de elementos que luego de nuevo se dividen, disuelven y aventan; del mismo modo, todo retorna a sus principios y recobra su prístino ser sin necesidad de artífice, árbitro o creador. Igualmente, por la reunión de los átomos del fuego vemos brillar un sol rejuvenecido. Así es como se forman las nieblas con los valores exhalados por la tierra, que condensándose en nubes y elevándose gradualmente, al caer se resuelven en lluvia, hacen soplar los vientos, crepitar el granizo o, entrechocando las nubes, retumbar los truenos, brillar los relámpagos, deslumbrar los rayos; y porque son debidos al azar, caen por doquier en los montes, en los árboles; indiferentemente destrozan los lugares sagrados y los profanos, hieren a los hombres culpables y con frecuencia a los inocentes.

¿Qué diré de las tempestades variadas e inciertas, que, sin orden ni discernimiento, trastornan el curso del universo?. En los naufragios, ¿no es una misma la suerte de los buenos y de los malos, confundándose sus méritos? ¿No llega la muerte a la vez a los justos e injustos en los incendios? Cuando la peste inficiona una región del

cielo, ¿no perecen todos sin distinción? Y cuando la furia de la guerra se enfurece, ¿no caen a menudo los mejores? En la paz misma no sólo se equipara la maldad con la inocencia, sino que es honrada, y, con respecto a la mayor parte de los malvados, no sabe uno si detestar su perversidad o apetecer su dicha.

Si el mundo estuviera regido por la providencia o por la autoridad de algún Dios, nunca hubieran sido reyes Falaris y Dionisio; jamás habrían sufrido destierro Rutilio y Camilo, ni Sócrates, se habría visto forzado a beber la cicuta(1). He ahí árboles cargados de fruta, mieses doradas, racimos jugosos, y la lluvia lo destroza, lo machaca el granizo. Tan cierto es que o la verdad se nos oculta y deforma, o, lo que es más creíble, la casualidad, desligada de leyes, domina con sus caprichosos vaivenes.

---

1. *Falaris*, tirano de Agrigento (Gigenti), en Sicilia, 571-555 a.C. Hízose odioso por sus crueles arbitrariedades y figura en la historia como uno de los más repugnantes déspotas. Encerraba sus víctimas en un toro de bronce, les mandaba caldear, recreándose con sus ayes desgarradores, que parecían mugidos.

*Dionisio el Antiguo*. Tirano de Siracusa (+36 a.C.). Es célebre por la reputación que ha dejado de suspicacia e impiedad. No le faltó tampoco habilidad política, desprovista de escrúpulos, pues, para consolidar su poder, recurrió a las proscripciones, confiscaciones y suplicios. Aseguró a Siracusa una situación preponderante. Conquistó casi toda la Magna Grecia y se rodeó de una corte fastuosa.

*Publio Rutilio Rufo*. Estadista y orador del siglo II antes de Jesucristo. Acompañó a Escipión, como tribuno militar, en la guerra de Numancia. Dió muestras de firmeza y rectitud en sus funciones de legado y procónsul de Asia, sobre todo en la represión de los abusos de los publicanos, quienes le acusaron de malversión y lograron hacerle condenar al destierro.

*Marco Furio Camilo*. Ilustre general, murió en 365 antes de Jesucristo. Fué varias veces dictador en situaciones críticas para Roma. Conquistó la ciudad de Veyes, y, acusado de haberse reservado parte del botín, marchó voluntario al destierro. No tardó en volver a su ciudad natal, saqueada por los galos, recuperándola y restaurándola, por lo que le llamaron el *segundo fundador de Roma*.



## 2º APOLOGÍA DEL PAGANISMO

### CAPÍTULO VI

#### TODAS LAS NACIONES TIENEN SU RELIGIÓN TRADICIONAL. SU RELIGIOSIDAD LE HA VALIDO A ROMA EL DOMINIO DEL MUNDO

Siendo, pues, la fortuna manifiesta y la naturaleza impenetrable, cuánto más respetuoso y mejor es conservar la doctrina de nuestros antepasados, maestra de la verdad; reverenciar las religiones tradicionales; adorar a los dioses, cuyo temor, más bien que su conocimiento íntimo, nos inculcaron nuestros padres, y no pronunciar fallo acerca de las divinidades, sino creer a nuestros abuelos, quienes, en los albores del mundo, merecieron tener dioses favorables o aun fueron sus reyes. De ahí viene el que todos los imperios, provincias y ciudades tienen ritos sagrados nacionales y adoran dioses propios(1). Como, por ejemplo, los Eleusinos a Ceres, los Frigios a la Madre, los Epidauros a Esculapio, los Caldeos a Bel, los Sirios a Astarté, los Escitas a Diana, los Galos a Mercurio, los Romanos a todos los dioses(2). Por eso, si su poder y autoridad ha ocupado los contornos de todo el orbe, si su imperio se ha extendido más allá de los caminos del sol y los confines del mismo océano, es por ejercitar la virtud religiosa en sus ejércitos, por amurallar su ciudad con las ceremonias del culto, con castas vestales, con sacerdotes de variados nombres y categorías; por honrar, mientras estaban sitiados y cautivos en el Capitolio, a unos dioses coléricos, a los que otro pueblo ya habría abandonado, marchando inermes a través del ejército de los Galos, admirados de la audacia que les daba su religiosidad, pero escudados con la observancia de su religión(3); por venerar a unos dioses vencidos en las murallas tomadas por el enemigo insolente aun con su victoria; por buscar en todas partes dioses extranjeros y hacerlos propios; por levantar aras también a las divinidades desconocidas y a los Manes (4). Así, al adoptar los ritos sagrados de todas las gentes,

obtienen también sus reinos. Desde entonces se ha perpetuado el encadenamiento ininterrumpido de veneración, que no se quiebra con el correr de los tiempos; antes se acrecienta, pues la antigüedad suele rodear las ceremonias y lugares santos del respeto más profundo.

---

1. El escéptico que acaba de negar la existencia de Dios y su Providencia, siente nacer de improviso fervores religiosos en su corazón hacia las divinidades nacionales. No es que esté convencido. Pero ya no hay medio de alcanzar la verdad, es preferible contentarse con los errores ya en boga. Además, la religión establecida es una institución del Estado y hay que defenderla por motivos políticos, aunque la rechacen los filósofos. Que cada cual siga la religión de su país, dice Cecilio. De ahí esos cultos nacionales y esos dioses indígenas, que ciñen en un particularismo estrecho a una religión universal, como si los límites geográficos pudieran cambiar nuestros deberes para con Dios.

Las costumbres y creencias de nuestros antepasados son dignas de todo respeto mientras no se salgan de los límites de la verdad; pues, en este caso, el cristianismo no admite la abdicación del derecho propio en asunto de tanta trascendencia. La salvación es un negocio personal, no un interés de familia (Mgr. Freppel).

2. *Ceres* era una de las grandes divinidades de Roma; diosa de las cosechas, de la agricultura y de la civilización. En el siglo V a.C. la identificación casi por completo con la griega *Demeter*, que tenía en Eleusis (Atica) un santuario célebre por sus fiestas eleusinas y por sus misterios.

*Madre* de los dioses, *Magna Mater deum*, o Cibeles, la gran diosa de Frigia. Los griegos la asimilaron a Rea, madre de Zeus, y era la personificación de las fuerzas naturales; diosa de la tierra, de la agricultura, de las minas, de los bosques. La escoltaban los coribantes, leones y otras fieras.

*Esculapio*, dios de la medicina. Le mató Zeus con su rayo, porque le inquietaban sus curaciones. Poco a poco se le fué considerando como un dios y llegó a ser muy popular. Se le veneraba especialmente en el monte Epidauro (Peloponeso), lugar de su nacimiento.

*Bel, belo o Baal*, significa “Señor”. Los pueblos semitas daban este nombre a todos sus dioses: los griegos y los romanos le aplicaron al dios principal; aunque designaba especialmente al dios de los fenicios, el esposo de Astarté. Era la divinización de la naturaleza con sus fuerzas. Su culto admitía la prostitución sagrada y los sacrificios humanos.

*Astarté*, diosa principal de Tiro, asimilada a Afrodita y a Venus. Los actos religiosos en su honor solían terminar con orgías inmorales y víctimas humanas, sobre todo de niños.

*Diana* de Táuride (Crimea). Le sacrificaban los extranjeros que se acercaban a sus costas. En esto se basa la leyenda de Ifigenia.

*Mercurio* era el dios romano que tenía algún parecido con *Teutales*, deidad principal entre los galos, a quien ofrecían sacrificios humanos. Le consideraban como dios del mercurio y de la guerra.

Estos cultos, llevados a Roma y a otras ciudades importantes por las colonias locales, se abrieron paso poco a poco gracias al movimiento de sincretismo que ganó las clases dirigentes de la sociedad romana en el siglo II. Con ello se pretendía unificar todas las creencias en una religión amplia y acogedora de las diversas divinidades, que, por asimilaciones o por exégesis ingeniosas, se aproximan y funden progresivamente hasta transformar el antiguo politeísmo grecorromano en un monoteísmo, fundido en el culto de Mitra, adorado como sol.

3. Los galos se habían apoderado de Roma y situaron el Capitolio en 390. Durante el asedio, Manlio envió al pontífice Fabio a celebrar un sacrificio en el Quirinal. Revestido con sus distintivos sacerdotales, atravesó las filas de los enemigos estupefactos. Terminada la ceremonia, volvió al Capitolio.

4. Los Manes de los muertos eran divinizados y recibían culto: sus sepulcros adoptaban con frecuencia la forma de un altar.

## CAPÍTULO VII

### PRUEBAS DEL PODER DE LOS DIOSES

No sin motivo (pues me atrevo yo mismo a hacer esta concesión por un momento, y será más perdonable que el de los cristianos) nuestros mayores se dieron a observar los augurios o a consultar las entrañas de las víctimas, y establecieron los ritos sagrados y dedicaron los templos. Consulta la historia. Encontrarás que ellos introdujeron las ceremonias de todas las religiones, o bien para dar gracias a la divina bondad, o para desviar su ira amenazadora, o aplicarla enfurecida y castigando ya.

Testigo la Madre del monte Ida, que con su llegada probó la castidad de una matrona y libró a la ciudad del sobresalto de sus enemigos. Testigos las estatuas ecuestres de los dos hermanos, Cástor y Pólux, en el lago, tal como se habían aparecido, jadeando sobre sus corceles espumosos y humeantes, para anunciar la victoria contra Perseo en el mismo día en que la obtuvieron. Testigo la reanudación de los juegos en honor de Júpiter por el sueño de un hombre plebeyo, que anunciaba su cólera. Testigo el sacrificio eficaz de los Decios. Testigo también Curcio, que llenó con la mole de su caballo y con las ofrendas arrojadas en pos de él la boca de una profunda sima(1).

Más frecuentemente aún de lo que deseáramos nos ha manifestado la presencia de los dioses el desprecio de los auspicios. Así lo demuestra el Alia, nombre funesto. Y la batalla de Claudio y Junio contra los Cartagineses, o más bien el lamentable naufragio; y para que el río Trasimeno aumentara su caudal y tiñera sus aguas con sangre de los Romanos, despreció Flaminio los augurios; y para que pidiéramos de nuevo las enseñas, Craso mereció y tuvo en poco las imprecaciones de los presagios siniestros(2). Omito los numerosos acontecimientos antiguos y no hago caso de los versos de nuestros vates acerca del nacimiento, dones y presentes de los dioses. Paso por alto también los vaticinios anunciados por los oráculos, no sea que os parezca la antigüedad exageradamente llena de fábulas. Mira los templos y santuarios de los dioses que protegen y adornan la ciudad de Roma: son más augustos por las divinidades que los habitan y



están allí presentes como inquilinos, que opulentos por su ornato, suntuosidad y ofrendas. Allí los sacerdotes, henchidos por algún dios y unidos a él, perciben lo futuro, indican la manera de librarse de los peligros, dan remedio para las enfermedades, esperanza a los afligidos, ayuda a los desgraciados, consuelo en las calamidades, alivio en los trabajos. Aun durante el sueño vemos, oímos y conocemos a los dioses a quienes por el día impíamente negamos, rechazamos y juramos en falso.

---

1. *La Madre del Ida*, es Cibeles, honrada es en ese monte de Frigia. Los libros Sibilinos anunciaron en 205, durante la segunda guerra púnica, que Aníbal, invasor de Italia, no sería vencido ni arrojado, si no se transportaba a Roma la piedra negra, venerada en Pesimonte de Frigia como una imagen de la diosa. El navío que la traía encalló en el fango de la desembocadura del Tíber, fatigándose en vano los hombres para moverle con la ayuda de una sogá. Entre los circunstantes se hallaba una matrona, Quinta Claudia, de cuya virtud se dudaba. Pidió a la diosa le diera una prueba de su inocencia, tiró de la maroma, o, como dice Minucio, utilizó su propio ceñidor, arrastrando la nave con facilidad.

Perseo, último rey macedonio, vencido por P. Emilio, en Pidna (168 a.C.). Minucio atribuye parte activa en la victoria a los dos gemelos Cástor y Pólux.

Según Tito Livio, Júpiter comunicó en sueños al plebeyo Tito Latino, que la danza, que había servido de preludio a los juegos, le había desagradado y le dió orden de comunicárselo a los cónsules para repetirla, porque esa era la costumbre cuando se comprobaba una irregularidad. Tardó en obedecer, por lo cual le castigó con muchas desdichas hasta que cumplió su cometido.

*P. Decio Mus* se ofreció a los dioses infernales en la batalla contra los Latinos al pie del Vesubio; su hijo, en guerra contra los Samnitas.

*M. Curcio* se arrojó con su caballo y con sus armas en una sima abierta en mitad del foro. Los oráculos habían dicho que para poder cegarla, era menester sacrificar “lo que constituían la potencia de Roma”. Comprendiendo que la fuerza de Roma dependía de las armas y del valor de sus hombres, dió su vida por el bien común. El precipicio se cerró inmediatamente. El sitio conservó el nombre de *Lacus Curtius*.

2. *El Alia* (hoy Aja), afluente del Tíber, presencié la derrota de los romanos por los galos (390 a.C.).

*P. Claudio Pulcro*, perdió la batalla naval de Trépani (Sicilia), en la primera guerra púnica. L. Junio Pullo perdió su flota en un naufragio, en la misma guerra. Como los pollos sagrados no habían querido comer, lo cual era mal augurio, Claudio los mandó arrojar al mar, diciendo: “Bueno, pues que beban”.

El cónsul *Flaminio* fue pasado a cuchillo por Aníbal, con casi todo su ejército, junto al lago Trasimeno.

El triunviro *Craso* fue vencido en Carras por los partos, quienes devolvieron las insignias y los prisioneros al emperador Augusto. Este suceso fué contado por Virgilio y Horacio.

### 3º REQUISITORIA CONTRA LOS CRISTIANOS

## CAPÍTULO VIII

### NO DEBE TOLERARSE LA COMUNIDAD CRISTIANA, LUCIFUGA, ATEA Y REVOLUCIONARIA

Así, pues, aunque sean inciertos la idea o el origen de los dioses, permanece, sin embargo, firme el acuerdo de todas las gentes acerca de su existencia, y no sufro que nadie, con tanta audacia e hinchado con no sé qué filosofía impía, se esfuerce en destruir o en debilitar esta creencia tan antigua, tan útil, tan saludable. Hubo un Teodoro de Cirene, y antes que él Diágoras de Melos(1), a quien la antigüedad llamó el Ateo, los cuales, negando la existencia de los dioses, quitaron por completa toda veneración y temor, con el cual se gobierna a los hombres; nunca, empero, prevalecerán su nombre y autoridad a favor de esta doctrina irreligiosa de falsa filosofía.

Si los atenienses arrojaron de su país a Protágoras Abderita, porque controvertía sobre la divinidad más bien como filósofo que como profano, y quemaron sus escritos en una asamblea, qué, ¿no hay más motivo para lamentar (permitidme defienda con calor mi tesis), no es de lamentar -digo- que hombres de una asociación sediciosa, incorregible, ilícita y desesperada, se levanten contra los dioses? Estos tales forman una facción impía, recogida entre la última hez de la plebe, entre los hombres más ignorantes y las mujeres crédulas por

---

1. *Diágoras de Melos*, poeta, lírico y filósofo, fué expulsado de Atenas, en 415, porque puso en ridículo los misterios de Eleusis.

*Teodoro de Cirene*, filósofo neoplatónico: peteneció a la escuela llamada de Siria. Se caracterizó por su radicalismo, lo que motivó su destierro de Atenas, yendo a refugiarse en Alejandría. Vivió en el s. IV.

*Protágoras* nació en Abdera (Tracia) hacia 485. Fué el primero en tomar el nombre de sofista y en cobrar por sus lecciones. Su doctrina filosófica profesaba el relativismo. El hombre es a la medida de todas las cosas, y el conocimiento, una pura reacción subjetiva, reductible a la sensación. De los objetos no sabemos más que su apariencia.

la fragilidad de su sexo; y esa turba se confabula no con alguna ceremonia sagrada, sino con sacrilegios en reuniones nocturnas, ayunos solemnes y festines indignos del hombre; raza tenebrosa y lucífuga, muda en público, charlatana en los rincones solitarios. Desprecian los templos como si fueran sepulcros(1); se ríen de los dioses; se mofan de las cosas santas; ellos, dignos de lástima (si es lícito tenerla), se compadecen de los sacerdotes; ellos, desarrapados, tienen en poco los honores y la púrpura. ¡Oh pasmosa necedad y atrevimiento increíble! Desprecian los tormentos presentes, porque les asusta lo incierto y futuro, y, como temen morir después de la muerte, mueren sin temor: de tal manera una falaz esperanza calma su miedo con la idea consoladora de la resurrección.

## CAPÍTULO IX

### NECEDAD DE LA RELIGIÓN CRISTIANA. COSTUMBRES Y CEREMONIAS ABOMINABLES DE SUS ADEPTOS

Y bien, así como las plantas malas son las más lozanas, igualmente se multiplican por todo el orbe los santuarios torpísimos de esa infame secta con sus corrompidas costumbres, que crecen de día en día. Debe ser extirpada y maldecida esta asociación. Se distinguen y aman mutuamente por ocultas notas y señales casi antes de conocerse: por doquier interviene también entre ellos una especie de religión, basada en torpezas, y se llaman indistintamente hermanos y hermanas, para convertir en incesto una deshonestidad ordinaria por la intervención de este nombre sagrado. Hasta tal punto se vanagloria de los crímenes su vana y demente superstición. Y si no hubiera un fondo de verdad en estos ruidos, la fama sagaz y muy malintencionada, dicho sea con perdón, no se preocuparía de ellos.

Tengo oído que veneran, no sé por qué absurda creencia, la cabeza consagrada de un asno, animal repugnante. ¡Religión digna y nacida de tales costumbres! Otros refieren que veneran las partes

---

1. Junto a los cuales se pasa con indiferencia.

vergonzosas de sus sacerdotes; diríase que adoran la naturaleza de sus padres. No sé si será falsa esta sospecha, aunque muy puesta en razón por sus ceremonias ocultas y nocturnas. Y quien afirma que un hombre fué condenado al último suplicio por sus crímenes y que el madero funesto de una cruz forma parte de los objetos de su culto, asigna altares convenientes a esos hombres extraviados y perniciosos, que honran lo que merecen.

La historia de la admisión de los neófitos es tan detestable como pública. Se pone delante del que se inicia en los misterios un niño cubierto de una pasta, para engañar a los incautos. El candidato, engañado por la pasta que envuelve a este niño, le da golpes, al parecer inocentes, matándole a cuchilladas. ¡Qué horror! Lamen con avidez su sangre, reparten a porfía sus miembros (1). Con esta víctima pactan su alianza; con esta participación en el crimen aseguran su muto silencio. Estos misterios son más horripilantes que todos los sacrilegios. Sus banquetes son conocidos: todos los mencionan por doquier; atestigüalo también un discurso de nuestro Cirtense(2). Se reúnen para un banquete en un día solemne con todos sus hijos, con sus hermanos, con sus madres, hombres y mujeres de toda edad. Después de haber comido bien, y cuando el calor de los manjares y de la bebida ha estimulado el ardor de la lujuria, incitan a un perro, atado a un candelabro, a que salte y se arroje sobre un panecillo, lanzado fuera de su alcance. Así, derribada y extinguida la luz traidora, se abrazan al azar a favor de las tinieblas, favorecedora de la impudencia, resultando todos incestuosos por la voluntad, aunque no todos lo sean de hecho; porque todos desean el pecado cometido por cada uno.

---

1. Esta absurda calumnia se basa en la Eucaristía, mal comprendida por los paganos.

2. En todo rigor, de estas palabras y de otras semejantes, *tu Frontón, nuestro Frontón*, no se deduce con claridad que Cecilio fuera de Cirta; pues bien pueden referirse a las ideas religiosas, comunes a ambos.



## CAPÍTULO X

### OCULTISMO DE LA RELIGIÓN CRISTIANA. EL DIOS SOLITARIO

Paso muchas cosas deliberadamente, pues aún sobra lo aducido, y el misterio mismo de su depravada religión responde de la veracidad de todo o de la mayor parte de lo que se cuenta. En efecto, ¿por qué se esfuerzan tanto en ocultar y velar lo que adoran, siendo así que lo honroso gusta de la publicidad y los crimenes prefieren los antros? ¿Por qué carecen de altares, de templos(1), de imágenes conocidas? ¿Por qué no hablan en público, ni se reúnen a cara descubierta, si no es porque lo que veneran en secreto es criminal o infame? ¿Y de dónde procede, o quién es, o dónde está ese Dios único, solitario, abandonado, al que ninguna república, ninguna monarquía, ni siquiera la religión romana ha reconocido?

Sólo la miserable nación judía sirvió a un Dios único; pero públicamente, con templos, altares, sacrificios y ceremonias; mas la fuerza y poder de este Dios son tan reducidos, que está cautivo con su pueblo en poder de los romanos.

Por añadidura, ¡cuántas patrañas y prodigios inventan los cristianos! Aseguran que ese su Dios, al que no pueden ni enseñar, ni ver, investiga con cuidado las costumbres, los actos, las palabras y los pensamientos ocultos de cada uno, como si estuviera presente en todas partes. Le suponen molesto, inquieto, curioso hasta la desvergüenza, pues presencia todas las acciones, anda errante por todos los lugares, si bien es verdad que no podrá atender a todo, distraído con tantos asuntos, ni abarcar todo, por preocuparse de cada cosa en particular.

---

1. Los cristianos no levantaron templos hasta mediados del s. III: tenían sus lugares de reunión, a los que acudían en secreto. Por la falta de imágenes los llamaban ateos.

## CAPÍTULO XI

### FIN DEL MUNDO. VIDA FUTURA. RESURRECCIÓN

Más aún; amenazan con el fuego al mundo entero y al cielo estrellado: proyecta su ruina; como si este orden eterno, fundado en las leyes divinas de la naturaleza, pudiera turbarse, o derrumbarse esta mole, rota la armonía y disgregada la trabazón admirable de todos los elementos que la contienen y rodean. Y, no contentos con esta insensata teoría, componen e hilvanan cuentos de viejas. Aseveran que han de resucitar después de su muerte, convertidos ya en cenizas y polvo, y no me explico con qué confianza dan asentimiento mutuo a sus falsedades. Diríase que han resucitado ya. Doble mal y doble insensatez: amenazar con su destrucción al cielo y a los astros, que dejamos exactamente como encontramos, y prometerse a sí mismos la eternidad, una vez muertos y extinguidos, pues como nacemos, igualmente morimos. Por eso, claro está, abominan las piras crematorias y condenan el sepelio por medio del fuego, como si el cuerpo entero, aunque se sustrajera a la acción de las llamas, no se haya de resolver en tierra en el transcurso de los años y de los tiempos, y poca diferencia va entre ser devorado por las fierras, consumido por el mar, cubierto por la tierra o aventado por la llama, puesto que toda clase de enterramiento es un suplicio para los cadáveres, si gozan de alguna sensibilidad, y, si no la tienen, resulta más beneficioso el que más pronto los destruya. Embaucados con esta ilusión, se prometen, como a gente de bien, vida perpetua para después de su muerte, y a los demás, como los malos, les reservan eterno castigo.

Muchas más cosas se me ocurren, pero no tengo tiempo. No me esforzaré en demostrar que ellos, más bien, son los injustos; ya lo he probado suficientemente. No obstante, aun suponiéndolos rectos, habrá que imputar al hado, según el dictamen de la mayor parte de los hombres, su culpabilidad o inocencia. Y éste es también vuestro criterio, pues así como algunos achacan a la fatalidad todo lo que

hacemos, vosotros lo atribuíis a Dios: de este modo, decís que no ingresáis espontáneamente en vuestra secta, sino que sois escogidos por Dios. De manera que imagináis un juez inicuo que castiga en los hombres la suerte, no la voluntad.

Mas quisiera preguntaros si se resucita con los cuerpos o sin ellos, con los mismos cuerpos de antes o con otros renovados. ¿Sin el cuerpo? Sin cuerpo, a mi juicio, no hay sensibilidad, ni alma, ni vida. ¿Con el mismo cuerpo? Pero si ya hace tiempo que se descompuso. ¿Con otro cuerpo? Entonces hace un nuevo hombre; no se renueva aquel primero. Y, por otra parte, ha transcurrido mucho tiempo, innumerables siglos han rodado. ¿Ha vuelto uno solo del otro mundo, siquiera por unas horas, como Protesilao(1), para cimentar nuestra fe, al menos en una prueba? Todo eso no es más que delirio de una imaginación enfermiza y vano consuelo inventado por poetas mentirosos a fin de dar gracia a sus poesías, y que vosotros, crédulos en demasía, lo habéis renovado para apropiárselo neciamente a vuestro Dios.

## CAPÍTULO XII

### VIDA DESVENTURADA DE LOS CRISTIANOS

Ni siquiera aprendéis, por la experiencia de lo presente, cuán falaces son las promesas y vanas las esperanzas que os engañan. Ponderad, miserables, mientras vivís, lo que os aguarda después de la muerte. La mayor parte de vosotros, la mejor, según decís, pasáis necesidad, frío, os aprieta el hambre; y Dios lo sufre, disimula, no quiere o no puede socorrer a los suyos. De manera que es impotente o injusto. Tú, que sueñas con una inmortalidad póstuma, ¿aún no reconoces tu condición cuando te conturba una peligrosa enfermedad,

---

1. Rey tracio, matado por Héctor al pisar, el primero entre todos los griegos, el suelo troyano. Su esposa Laodamia obtuvo de los dioses su vuelta a la tierra al menos durante tres horas. Al regresar Protesilao a los infiernos, murió con él.

cuando te abraza la fiebre, cuando te desgarran el dolor? ¡Desgraciado; sientes, a pesar tuyo, tu flaqueza y no la quieres confesar!.

Pero dejemos estas penalidades comunes a todos los mortales. A la vista tenéis las amenazas, los suplicios, los tormentos, las cruces, no para venerarlas, sino para sufrirlas y el fuego que preanunciáis y teméis a la vez. ¿Dónde está ese Dios que puede socorrer a los que resucitan y a los vivos no? ¿Acaso no imperan, reinan, disfrutan el mundo entero y son vuestros dueños los Romanos sin necesitar de vuestro Dios? Vosotros, empero, mientras tanto, intranquilos y preocupados, os priváis de los placeres legítimos. No asistís a las representaciones escénicas; no presenciáis las procesiones públicas; se os echa de menos en los banquetes públicos; detestáis los combates sagrados, las carnes y las bebidas ofrecidas a los dioses. ¿Tanto pavor os infunden unas divinidades en las que no creéis? No os ponéis coronas de flores, ni adecentáis vuestro cuerpo con perfumes: reserváis los ungüentos adoríferos para las exequias; ni siquiera ponéis guirnaldas en los sepulcros; pálidos, temblorosos, dignos de lástima, pero por parte de nuestros dioses. De esta manera, infelices, ni resucitáis, ni, entretanto, vivís.

Por lo cual, si os queda algo de discreción o de pudor, dejad de escudriñar las regiones del cielo, los destinos y secretos del mundo. No es poco mirar a sus pies, sobre todo tratándose de gente sin letras, incivil, ruda y selvática, que no puede comprender la vida social y con mayor motivo está incapacitada para discurrir sobre cosas divinas.



# PERORACIÓN

## CAPÍTULO XIII

### ES DE HOMBRES PRUDENTES EL SABER DUDAR

Aunque, si os acucia el prurito de filosofar, el que de vosotros se sienta con fuerzas imite, si puede, a Sócrates, príncipe de la sabiduría. Conocida es su respuesta cuando se le preguntaba acerca de las sutilezas ultraterrenas: “Lo que está sobre nosotros nada nos importa”. Con razón, pues, mereció el testimonio del oráculo ponderando su prudencia singular. Coincidió su juicio con el del oráculo, en que la razón de ser antepuesto a los demás estaba no en haberlo sabido todo, sino en haber aprendido que no sabía nada. De modo que es soberana prudencia confesar su ignorancia.

De esa misma fuente brotó la duda sagaz de Arasilao, y muy posteriormente de Carnéades y de muchos académicos sobre las cuestiones más altas(1). Así es como pueden filosofar sin peligro los ignorantes y con gloria los doctos.

---

1. Platón fué el fundador de la *escuela académica*, llamada así en recuerdo de Academo, dueño de un hermoso bosque de olivos y plátanos al O. de Atenas. Allí acudía Platón con sus discípulos, conversaba con ellos y les exponía su doctrina. Cerca poseía una casa, que con el jardín y la escuela llevó el nombre de *Academia*. Se distinguen tres fases en la escuela académica: La *primera Academia*, eminentemente idealista; buscaba lo general en todas las cosas, con la seguridad de poder llegar por tal camino a la certeza (Platón, su sobrino Speusipo, Xenócrates, Polemon).

La *segunda Academia* (316-241) fué fundada por Arasilao, que infiel a las tradiciones de Sócrates y de Platón, para quienes la duda era el principio y no el fin de la ciencia, sostenía que el hombre es incapaz de llegar a la certidumbre y debe suspender su juicio, contentándose con lo *probable* y convencional. Lleva más lejos que Sócrates la limitación de nuestros conocimientos; el dicho de éste: “sólo una cosa sé, y es que no sé nada”, lo rectificó diciendo “esto mismo no lo sé a ciencia cierta”.

La *tercera Academia* debió su creación a Carnéades, quien exageraba la doctrina de Arasilao. Decía que sólo podemos llegar a la *probabilidad* y que debemos apoyarnos en ella en la vida práctica: el sabio puede preferir o aprobar la representación que le parezca más verosímil.



¿Qué diré a la morosidad admirable y digna de ser tenida en cuenta por todos de Simónides(1), poeta lírico? Interrogado por el tirano Hierón qué pensaba sobre los dioses, pidió primeramente un día para reflexionar; luego, dos; después añadió otro más. Finalmente, al preguntarle el rey las causas de tanta dilación, respondió “que cuanto más reposadamente lo pensaba, tanto más oscura le resultaba la verdad”. Yo también opino que lo que es dudoso debe dejarse como está y no decidirse temeraria y osadamente en favor de alguna de las partes, cuando tantos y tan graves varones deliberan, con peligro de introducir ridículas supersticiones o destruir toda religión”(2).

---

1. Simónides de Ceos. Famoso lírico, caracterizado por su agudeza filosófica, por el feliz empleo del mito y por la flexibilidad de su ingenio. Es uno de los mayores ejemplos de equilibrio de las facultades morales e intelectuales. De avanzada edad fué en la corte de Hierón, en Siracusa, donde probablemente murió, a los ochenta y nueve años, hacia 467.

2. Es digno de notarse este pensamiento en quien parece convencido de lo que la inteligencia humana está agotada. Sintiéndose impotente para descubrir la verdad por sus propias fuerzas, el genio del hombre cayó de las alturas especulativas a que había llegado, para arrastrarse abatido entre teorías fatalistas, que le excusaban de toda reflexión y de todod esfuerzo generoso.

## INTERMEDIO

(Capítulos XVI y XV)

### CAPÍTULO XIV

#### INTERVENCIÓN CONCILIADORA DE MINUCIO

Así habló Cecilio, y sonriendo satisfecho, pues la impetuosidad desenfrenada de su discurso había colmado su enfática indignación, dijo: “¡Qué se atreve a responder a esto Octavio, de la raza de Plauto, sin duda el primero de los molinero-panaderos y el último de los filósofos?”(1).

“Deja de alabarte a su costa -intervine yo-, pues no es justo que te pavonees por la elegancia de tu discurso antes de que por ambas partes se haya perorado cumplidamente, sobre todo pensando que vuestra contienda busca la verdad, no los aplausos. Y aunque me haya deleitado en gran manera la variedad sutil de tu arenga, impresión, empero, más profunda me causa, y no aludo sólo a la discusión presente, sino que hablo de las controversias en general, el considerar que, las más de las veces, la verdad, aun indudable, se eclipsa según

---

1. Es una pulla contra Octavio. Para comprender su sentido, se debe tener en cuenta: 1º Que el poeta cómico Plauto trabajó como oficial con un molinero-panadero (pistor) en su juventud, moviendo la rueda; 2º Que el nombre de Plauto designaba también una raza de perros, de orejas colgantes (plauti): Plauto dice de sí mismo: Plautus cum letranti nomine; 3º Que era proverbial la expresión canina facundia para designar una elocuencia mordaz, y que se llamaba asimismo Plautina (o canina), familia o prosapia, al grupo de enredapleitos (“ladrones”) agresivos y huraños, Cecilio quiere vengarse de los amargos reproches que le ha dirigido Octavio en el cap. 3; le replica sonriendo, pero con cierta ironía, que pertenece a la casta de Plauto (es decir, a la ralea de los ladrones), y añade que “si Octavio es el primero entre los molinero-panaderos, es el último entre los filósofos”. Los panaderos representan “las gentes de poco pelo”, la clase ínfima, a la que pertenecía el mayor número de los cristianos, y escoge los panaderos, no sólo porque eran tan despreciados como abundantes, sino también porque el nombre de Plauto se lo recuerda. Entre gente de ese calibre le es fácil a un abogado ser el primero (Waltzing pág. 89).